

ENTRE NORMOS Y GIGANTES

Eva Miñana Márquez



A detailed black and white illustration of a vine with leaves and clusters of grapes, framing the title text. The vine starts at the top left, goes down, then right, then down again, and finally right across the bottom, with several clusters of grapes hanging from it.

ENTRE
NORMOS Y
GIGANTES

Eva Miñana Márquez



La belleza que reside en el amor de una familia radica en la esperanza. En todas aquellas vivencias que uno «espera» poder compartir; más aún si se trata de una ilusión. Y lo más extraordinario es que juntos puedan ver cómo esta se transforma en leyenda.

EVA MIÑANA MÁRQUEZ

Para Nacho, Esther y Dani:
mis gigantes.



EL LIBRO

—¿Un monstruo? —preguntó Ignacio.

—Sí, un monstruo. Eso soy —respondió Toni con firmeza, plantado en mitad del salón como un árbol recio.

—No eres ningún monstruo, hijo.

—¿Qué otro niño conoces tú que con once años mida uno noventa y cinco y pese noventa kilos? Dime, papá, ¿tú eras así a mi edad? Ni siquiera eres así ahora. Me miras desde abajo. Da igual que estés sentado o de pie, siempre tienes que levantar la vista. No estoy cómodo en ninguna parte. No estoy bien hecho.

—Eres grande, eso es todo. Estás bien formado y eres listo, alto y fuerte. No digas esas cosas. Un monstruo... Como te oiga mamá...

—Nadie quiere jugar conmigo. Los que no me tienen miedo se ríen de mí. Ya no quiero ir nunca más al cole. No quepo en las sillas. Me han puesto una mesa como la de la señorita Montfort, pero al fondo de la clase, como si fuera un vigilante. Y mi ropa es de señor mayor.

—Eso sí que no. Tú mismo eliges tu ropa. Es deportiva y de colores muy alegres.

—Pero no hay ropa chula de mi talla. Ni zapatos para mi edad.

—Hijo, calzas un cuarenta y ocho.

—Soy un monstruo, papá. Reconócelo.

—Eres un gigante —dijo Gisela. Su voz reveló su escondite tras la puerta entreabierta del salón y pudieron distinguir su silueta a contraluz.

—Pues eso, un monstruo gigante —continuó Toni, aguantándose el llanto.

—No, cariño. Son cosas distintas. —Gisela se acercó a él y lo agarró de una mano para acompañarlo hasta el sofá—. No te confundas. Ven, siéntate —le pidió con ternura a sabiendas de que su gran tamaño rivalizaba con su fragilidad interior. Lo acomodó para rebajar la diferencia de altura e Ignacio también se sentó. Los dos la observaron callados mientras ella rebuscaba en las estanterías.

—Debes saber —continuó Gisela sin girarse, inmersa en su inspección— que existen infinidad de leyendas que hablan de gigantes. Algunos perversos y otros muy buenos. —Se puso de puntillas para apartar algunos libros del estante más alto—. ¿Dónde puñetas estará?

—Pero las leyendas son cuentos de hadas y las hadas no existen —dijo Toni—. Carlos nos lo dijo el año pasado, en quinto, y es el más listo de la clase. Ni los unicornios ni los duendes mágicos ni nada de eso. Su hermano Jorge, que es delegado de la otra clase, le dio la razón.

—Tal vez algunos no hayan existido nunca —lo interrumpió Gisela.

Toni la miró extrañado.

—¿Algunos, mamá? ¿Quieres decir que otros sí? ¿Los gigantes existen?

—Sí, y tanto que sí. Ya se hablaba de ellos en el Génesis. —Gisela abandonó por unos instantes la búsqueda para responder a su hijo—. Cuando tú naciste, tan grande y hermoso, se acercó a mí una de las enfermeras del hospital y me recitó unas breves líneas del Génesis 6:1-4.

—¿Qué es el Génesis?

—Es el primer libro del Antiguo Testamento, de la Biblia. En él se recoge el origen del mundo, su creación, y ya allí se hablaba de gigantes. Según decían, los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres y ellas tuvieron hijos y esos hijos fueron gigantes, varones fuertes, valientes y destacados.

—¿Eran buenos? ¿No comían humanos? —continuó Toni con asombro.

—Habría de todo, como ahora, como siempre. A mí me gusta pensar que los primeros fueron hombres. Y cuando digo hombres me refiero al ser humano: hombres y mujeres de gran tamaño y valor. Aunque también hubo otros perversos a los que consideraron ángeles caídos o incluso demonios.

—Monstruos, mamá. ¿Lo ves?

—Toni, cariño, no hace falta ser gigante para ser malo ni religioso para ser bueno. Ya sabes tú que hay gente cruel causando pánico y terror a su paso por el mundo, y no todos son altos y fuertes. Debes intentar ver tu condición física como una ventaja. Y no hablo de una ventaja solo para ti. Tu gran tamaño puede resultar beneficioso para los demás.

—Menudo beneficio... —se quejó Toni con los ojos en blanco—. Siempre me llaman para que baje los balones

que se quedan atrapados en las redes del patio, y después de ayudarlos nunca me dejan jugar porque rompo cosas o les hago daño sin querer. Acuérdate de Iván. Le partí un brazo al agarrarlo para evitar que se cayera por las escaleras.

—No fue culpa tuya —dijo ella antes de girarse de nuevo hacia la estantería—. Lo salvaste de una lesión mucho peor; todavía no sabes controlar tu fuerza. —Toni la observaba intrigado—. ¡Mira! Aquí está. Vaya, estaba escondido detrás de tus novelas de romanos —le dijo a Ignacio. Satisfecha con su logro, le guiñó un ojo a Toni y se sentó a su lado en el sofá.

El libro que Gisela se había esmerado en encontrar parecía muy antiguo, estaba encuadernado en cuero y tenía adornos metálicos incrustados en las esquinas y en el cierre. Antes de abrirlo recorrió con la yema de los dedos el surco de las letras de oro del título: *El Gigant del Pi*.

—¿En serio? Esto es un cuento para niños pequeños —dijo Toni sin ocultar su decepción.

—Te equivocas. Este ejemplar es único, no hay otro igual en el mundo. Me lo regaló mi abuelo cuando yo tenía tu edad y a él se lo había regalado su abuelo y así desde tiempos muy muy lejanos. En estas páginas se narra la verdadera historia de Farellás el Grande. El gigante que habitó estas tierras. ¿Quieres que lo leamos juntos?

Toni asintió con un brillo de ilusión especial en la mirada, incluso sonrió, y tomó el libro con sus grandes manos para echar una ojeada rápida. El papel era grueso y áspero, de un color amarillento. Le resultó agradable porque se alejaba del tacto frágil de las hojas de los otros cuentos que, sin querer, siempre estropeaba. Estaba escrito a mano con esmerada caligrafía de un tamaño generoso. Las ilustraciones lo fascinaron. Todo el contenido

parecía haber sido trazado con la finísima punta de una pluma de ave. Le encantó.

—¿Empezamos ya? —preguntó Toni, ansioso.

—No. Primero cenamos y después de recoger te pones el pijama, te lavas los dientes y cuando estés en la cama me llamas y leemos un rato. Cada noche un poquito. ¿Qué te parece? —propuso ella.

—Vale —se resignó.

—Yo también quiero leer con vosotros —dijo Ignacio al sentirse excluido.

—Claro, papá. Lo leeremos los tres.

Aquella noche, Toni no se demoró como de costumbre para ir a la cama. Ni siquiera pidió cinco minutos más para terminar su batalla virtual.

—¡Ya estoy! —gritó desde su cuarto.

Sus padres se miraron complacidos.

—Si llego a saber que le produciría este efecto habría adelantado la lectura un par de años —dijo ella.

—No. Está bien que sea ahora —le contestó su marido—. Antes no estaba preparado.

La habitación de Toni era muy amplia. Hartos de tener que cambiar su cama anualmente, mandaron fabricar una de medidas especiales: tres metros de largo por dos y medio de ancho. Era tan grande como una piscina termal y estaba vestida por las enormes sábanas de estampados divertidos que le había confeccionado la tía Raquel, la hermana de su padre. Según los cálculos del pediatra, esa cama le duraría hasta que cumpliera los quince, más o menos.

Por ahora le sobraba espacio por todas partes, así que podían tumbarse los tres juntos. En las noches de verano solían abrir la ventana para escuchar el único rumor capaz de romper la paz de la oscuridad: el impetuoso caudal de la

fuentes del León. Ese borboteo incesante a más de setenta grados era un bálsamo que acunaba a Toni, lo reconfortaba tanto como el beso de buenas noches de su madre.

Gisela acomodó bien su espalda entre padre e hijo, dobló las rodillas para apoyar el libro e inició la lectura:



Esta es la verdadera historia de Farellás: mi gran hijo. El mayor, el más valiente y el heredero fiel que ha mantenido viva la leyenda de nuestra familia. Trataré de alejarme lo suficiente para transmitir la veracidad de lo acontecido y añadiré cada uno de los detalles que él mismo me contó, con sus duelos internos, sus conversaciones y su prodigiosa manera de apreciar la vida.

—¿De qué leyenda habla? —interrumpió Toni.

—De la de los gigantes que vivieron aquí. No te impacientes, cariño. Escucha, tú escucha atento.

El día que Joan nació temblaron las tierras de Caldes de Montbui. El agua caliente de las termas hirvió con furia. Las ovejas se agruparon en el monte, los pájaros se unieron en el cielo y formaron lindas formas como lunares oscuros e inquietos. Después, el viento se detuvo y todo quedó en silencio hasta que, de repente, se escuchó un grito atronador. Los pájaros se dispersaron, las ovejas huyeron montaña arriba y las nubes se rompieron en mil pedazos como delicada porcelana al recibir un fuerte impacto.

El dolor de su alumbramiento a punto estuvo de matar a su madre, pero la fortaleza de mi mujer, la

generosidad de los dioses y el acertado serpentín en el que se recogía nuestro hijo en su vientre hicieron posible el gran milagro.

Al nacer se fue desenroscando: se estiró lentamente hasta yacer extasiado de luz y de amor. Noventa y siete centímetros y más de ocho kilos de niño sano e impo- nente. Nada de lo que le habíamos preparado sirvió. No le entraban las ropas ni cabía en la cuna de mim- bre y madera que con tanta ilusión había hecho para él, pero no nos importó. Su presencia cambió nuestras vidas y ese cambio supuso un crecimiento interior que aumentaba a medida que lo hacía su tamaño.

No supimos jamás si sus dimensiones respondían a algún tipo de enfermedad o encantamiento. Nunca se resfrió ni padeció achaque alguno. El médico del pue- blo se asombraba cada vez que lo medía y lo pesaba, pero Joan sonreía sin complejos ni temores.

Tuvimos otros dos hijos: Isidro y María. Niños co- rrientes. Robustos como su madre y como yo, pero no eran gigantes.

Diez años tardé en aceptar esa palabra. Joan era un gigante. Antes no quería admitirlo, usaba pala- bras como grande, enorme y colosal. Con diez años y casi dos metros de altura, capaz de agarrar con una mano una de las sandías del huerto como si fuese una simple patata, supe que era un gigante y que la suya no sería una vida fácil.

La fuerza de Joan competía con su torpeza. Hasta que descubrí que no era falta de habilidad sino que sus dedos eran incapaces ya de manipular instrumentos pequeños. No podía sujetar mis herramientas de ma- nera adecuada ni podía valerse de los utensilios de la

familia. Entonces, con paciencia, elaboré los enseres imprescindibles a su medida, desde una cuchara de madera y un buen tazón de barro a una caña cortada al bies para que pudiera escribir después de mojarla en el tintero.

Decidió quedarse en casa para ayudarme con las tareas del campo y dejó de ir a casa del maestro Poldi. El único y verdadero gran maestro del pueblo, hombre sabio y paciente que lograba amansar a la inquieta chiquillería con el hechizo de su saber mediante letras y números, a través de juegos y adivinanzas. El mismo que de muy joven me enseñó a mí a leer y a escribir. Joan ya no se sentía cómodo en la estrechez de aquel hogar. Su cuerpo no encajaba en la banqueta destinada a los pupilos y se veía apartado de los demás, que empezaron a mirarlo de un modo distinto: mezcla de burla y compasión.

Su fuerza y su vitalidad me liberaban de gran parte del trabajo. Yo lo acompañaba y lo instruía y él araba, arrancaba la maleza como el que deshoja una bella margarita. Podía incluso desarraigar pequeños árboles de un tirón y con un par de diestros golpes convertirlos en leña.

Sus hermanos le transmitían lo aprendido con el señor Poldi y así no dejaba de cultivarse. Pero se complicaron las cosas: los niños del pueblo dejaron de subir a casa porque, impulsados por el temor, ya no querían jugar con él. La ausencia de sus voces y risas generó una distancia que se convirtió en dolor. La soledad se instaló en él y una parte de su dicha se quebró, distanciándolo incluso de nosotros.

—Le pasaba como a mí, ¿os dais cuenta? —dijo Toni.

—Sí. Todos sabían que él era diferente pero no eran conscientes de su increíble potencial —respondió Gisela—. Y la primera reacción ante lo desconocido es apartarlo.

—¿Por qué?

—¿Qué haces tú con la comida que nunca has probado? —le preguntó—. Dices que no te gusta, la apartas y ni te esfuerzas en darle una oportunidad.

—Eso es diferente. La comida no tiene sentimientos —dijo Toni para defenderse—. No es lo mismo un niño que unas acelgas.

—Ya. Solemos rechazar las cosas que a simple vista nos alarman. Por el motivo que sea. Y Joan, por su tamaño, al igual que tú, producía inquietud.

—Daba miedo, tanto como yo.

—Tal vez no era miedo —intervino Ignacio—. Al menos no un miedo aterrador. Se apartarían por precaución.

—Sí, claro... Como te apartas al cruzarte con un perro enorme que muestra los colmillos llenos de babas —dijo Toni, indignado—. Por precaución... Te cagas de miedo, papá.

Gisela sacudió una mano en el aire y prosiguió la lectura:

A los dieciséis años me ayudó a habilitar en casa una estancia para él con acceso por la parte trasera. Una habitación de techos altos que se abría al campo, a la inmensidad de la naturaleza que abrigaba el Mas Farell.

—¿El Mas Farell? —preguntó Toni, sorprendido—. ¿No se llama así el hotel que hay en la montaña?

—Así es. Allí, en esa enorme masía, nació y vivió Joan el Farellás hace muchos muchos años —contestó Gisela, y con un gesto le pidió silencio.

Una habitación sencilla que albergaba su cama, un armario, una mesa y una silla que él mismo construyó y una pila de madera para asearse. Todo de un tamaño enorme. Fue su cobijo, su pequeña gran morada. Los techos del resto de la casa se le habían quedado bajos y le molestaba andar siempre agachando la cabeza. Solo entraba para compartir el almuerzo y la cena. Y agradecía los días de calor, de finales de primavera hasta la llegada del otoño, que nos permitían comer al aire libre. De hecho, aunque su cuarto tenía una altura de más cinco metros, muchas noches de verano prefería acostarse fuera, sobre la hierba, bajo la cúpula estrellada que le ofrecía el cielo. Se bañaba en el río cuando el clima lo permitía y no se cansaba nunca de trabajar en el campo. Iba siempre acompañado de Roco, un bello ejemplar de perro-oso negro, animal nunca antes visto por estos prados, que le regaló un forastero de tierras muy lejanas en agradecimiento por haberle salvado la vida. Joan había levantado una a una, y sin descanso, las enormes rocas que habían caído sobre aquel hombre tras un terrible desprendimiento, y lo había llevado a cuestras hasta el pueblo para dejarlo en manos del doctor.



—¿Qué es un perro-oso? —preguntó Toni.

—Un perro grande como un oso —contestó Ignacio—. ¿Te imaginas? Más grande que un san bernardo. Podían llegar a medir más de un metro del palmar hasta el lomo.

—¡Hala! —exclamó el niño—. Yo quiero uno. ¿Existe?

—Ni hablar —sentenció su madre.

—Sí existe, bueno, no como debía ser entonces. Ahora se encuentra su descendiente: el terranova. También son perros enormes y preciosos. Hay quien dice que el perro-oso ya existía en la época de los vikingos, y que desde sus tierras fue trasladado hasta una gran isla del océano Atlántico perteneciente a Canadá. Un lugar muy hermoso protegido por una espesa niebla y un fuerte oleaje. Allí lo cruzaron con otros perros y nació una nueva raza cuyo origen determinó, con el paso del tiempo, su nombre actual. —Ignacio se quedó unos segundos pensativo y añadió—: Pues, mira, igual no sería mala idea adoptar uno. Se podría quedar en el patio de atrás. Hay sitio de sobra.

—O en mi cuarto —añadió Toni, ilusionado—. Yo me encargaré de todo. Lo prometo.

—Sigue sin parecerme una buena idea —concluyó Gisela.

—Bueno, ya veremos. A ver cómo van las notas —propuso Ignacio con una sonrisa pícaro—. Si sacas buenas notas intentaré convencer a mamá.

Gisela negó y miró la hora en el despertador de Toni.

—¡Las once! Se acabó por hoy. A dormir todo el mundo.

—¿Ya? Un poquito más, porfa —suplicó Toni.

—Es muy tarde y mañana hay cole. Venga, buenas noches, tesoro.

Después de intentar, sin éxito, que su madre le dejara guardar el libro, Toni se resignó y apagó la luz.

—¿Le contarás la verdad? —le preguntó Ignacio a Gisela en la intimidad de su cama.

—No lo sé. De momento quiero ver cómo reacciona. Es muy niño todavía. A veces nos dejamos llevar por su tamaño, pero no deja de ser un crío de once años. Debemos tener paciencia. Lo primero es corregir esa falta de confianza en sí mismo. Cuando se dé cuenta del potencial que tiene...

—El problema son los demás. No lo aceptan y él sufre.

—El libro le ayudará, ya lo verás.